

# La economía es una ecología. Defensa de la oxidación

## 1. La economía: vida y muerte

La economía no es exclusiva de lo humano. La capacidad de gestionar los recursos, de orientar el movimiento propio de acuerdo al medio y a aquello de que se puede disponer a partir de lo que se ofrece, esa la tiene cualquier organismo vivo suficientemente complejo como para sobrevivir en un medio determinado, entre un conjunto de semejantes, y en relación con un contexto biótico más amplio al que podemos llamar ecosistema. Entendida en su sentido más amplio, la economía es una propiedad de conocimiento presente hasta en organismos extremadamente sencillos. Tal y como se nos presenta, la economía es una capacidad compleja que consiste en mapear nuestra perspectiva del entorno y codificar las condiciones que de ahí podemos abstraer y algunas variaciones posibles, previendo alteraciones futuras (de aquí la importancia de la intuición en la economía).

Así pues, mucho antes de convertirse, en la historia del último cuarto de milenio, en un saber cada vez más teorizado y peor articulado con la realidad, alejándose de lo concreto, hipertrofiado de conceptos que han permitido representarlo como algo privativo e inaccesible a la mayoría, mucho antes de tan lamentable resultado de la angustia humana ante lo percedero de la materia y lo inevitable de la muerte, la economía es un sistema semiótico. Es un sistema cuyos signos se hallan en las relaciones mismas entre un organismo y otros, y entre estos el medio donde se encuentran.

En el caso del animal que habla y ama, los rasgos particulares que adquiere la economía tienen que ver con estas características: el lenguaje, que permite pensar y hablar de la economía como un discurso y compartir perspectivas distintas para beneficio de la diversidad; el amor, que podría liberar la economía del egoísmo y elevarla a soporte común de la solidaridad entre los organismos conscientes; la muerte, que es el fin de todo animal y de todo organismo vivo, y que nos permite definir nuestra perspectiva vital y los límites de lo que, para cada uno, es posible.

La muerte, si no nos obstinamos en excluirla de nuestra vida, como ha hecho el capitalismo, se nos descubrirá como un bien entrañable: es lo único que tenemos de propio. El capitalismo no puede soportarla porque la muerte es la única propiedad privada real. Ante el discurso paradójico de partidos y religiones que exacerban el valor de la vida, y que sirve de tapadera verbal para las prácticas más corruptas, injustas y mortales, la muerte se impone sin violencia ni engaño: cualquier otra cosa pierde valor en comparación con ella. La salud, el ocio y demás religiones van aplazando ese fantasma, y entre seguros de vida y series de zombies y vampiros lo vamos exorcizando y renegando de nuestro límite. Pero la muerte, el único bien que nadie nos puede quitar, siempre resurge y nos llama a la realidad.

## 2. Economía es ecología: acuerdos e interacciones con el medio

La economía sería entonces un caso particular de la ecología. Si esta última tiene que ver con el entendimiento de lo que nos envuelve, y del logos – palabra, razón – que vamos elaborando para interactuar con eso a que llamamos el medio. Efectivamente estamos en medio de ello, no fuera, y es quizás el hecho de no verlo que hace que muchos no seamos conscientes de la importancia de cuidarlo. Ese cuidado es la economía que, como he señalado hace un momento, parte de la capacidad de conocer el entorno – mapearlo, codificarlo – y prever algunas de sus variaciones futuras.

Como no todas obtenemos del medio – del que somos parte – aquello que necesitamos o queremos, inventamos maneras de hacer posible el intercambio. Normalmente llamamos productos a los objetos de cambio más tangibles, y servicios a los menos tangibles y que casi siempre implican tiempo dedicado y muchas veces mano de obra (acción física) o espíritu creativo (acción intelectual o intuitiva). Estas acciones pueden confundirse, y algo puede aparecer como producto o servicio según se mire, así que en este caso me referiré a todo indistintamente como bien ya que, en principio, cuando queremos hacer un intercambio lo hacemos para obtener algo que creemos que será bueno para nosotros (en un sentido muy lato, evidentemente).

Pero si no tengo algo que le interese a quien tiene algo que sí necesito, o al revés, o si lo que estamos intercambiando es muy desigual en cuanto al valor que le atribuimos, cabe la posibilidad de que una de las cosas permutadas sea un sustituto del bien. Servirá para un intercambio posterior, pero es importante tener en cuenta que, al dar este paso, hemos dado por sentado que es natural algo que no lo es: admitir que hay algo que tiene la potestad de representar a un bien que quizás no existe todavía, o cuyo usufructo está diferido en el tiempo. Hemos introducido un medio artificial y abstracto en la economía natural y concreta. Habría que ver hasta qué punto no podrá ese sustituto del bien devenir un mal, a saber: la introducción de la desconfianza en el negocio y un retroceso respecto de la conciencia ecológica.

En cualquier caso, y sin entrar ahora en un análisis cuyas conclusiones son obvias a día de hoy, la moneda aparece como señal de un acuerdo entre dos personas. Si hay tantos bienes como personas, y las necesidades se satisfacen recíprocamente, no hace falta la moneda. Pero si falta un bien para cambiar por otro, ahí se entromete la moneda, señal de que falta algo y de que el intercambio no es totalmente satisfactorio, es decir, no está completo porque una de las personas no ha obtenido algo realmente satisfactorio sino algo que cree – y lo cree firmemente – que le permitirá satisfacer una necesidad futura u obtener algún tipo de goce más adelante. Pero de nuevo: la moneda la inventamos para hacer valer un acuerdo.

Cuanto más responsables seamos por los términos del acuerdo y por los criterios de atribución de valor a aquello que estamos cambiando, menos expuestas estaremos a unos criterios ajenos que, con el capitalismo, intervienen de lleno en

la compra-venta, haciendo del comercio una actividad alienante que se lleva a cabo entre personas alienadas en cuanto a su responsabilidad de consumo. En cambio, cuanto más responsables, más esclarecida será nuestra valoración de lo que tengamos para intercambiar, y más autónomas nuestras decisiones. Consumir con responsabilidad no es lo que nos insinúa el capitalismo verde, que es seguir comprando productos un poco menos mortíferos para el ecosistema y para nuestra salud. El consumo responsable y sostenible consiste en disfrutar de lo que podemos obtener de los recursos disponibles en un equilibrio que se encuentra entre las necesidades de cada sujeto y la buena salud del planeta.

No podemos aumentar artificialmente la salud del planeta del modo como extendemos la esperanza media de vida de las personas o se manipulan genéticamente las otras especies, animales y vegetales. Estos son procesos artificiales cuyo precio no son las ganancias acumuladas por corporaciones multinacionales que controlan los ciclos productivos y pervierten los ritmos de crecimiento y regeneración, destruyendo la fauna y la flora, comprometiendo la vida humana y la durabilidad del planeta. El precio real de aquellos procesos supuestamente eugénicos (de mejora de las especies y de su longevidad), que son contraproducentes en toda regla, es el empobrecimiento de la casi totalidad de la población a favor de la acumulación de moneda por una ínfima minoría. Esto quiere decir que el acuerdo monetario solo es aparentemente benéfico para esa minoría, aunque tampoco, porque su planeta es el mismo, y pronto sufrirán las consecuencias. La base de este acuerdo es el atractivo de ganar y sumar dinero, que no se pudre y cuya acumulación no responde siquiera a caprichos materiales sino a una lógica de competencia entre ganadores y de la perspectiva de lo que queda del mundo como un botín más. Decir que el rico es malo puede ser una excusa moral, ya que quizás el rico no ve al que no lo es; la pobreza no es despreciada por el rico, él ha llegado a desconocerla a tal punto que los desposeídos de la tierra solo le importan cuando suponen un riesgo para sus transacciones.

De ahí la importancia de entender las interacciones de cualquier alternativa al sistema predominante con ese mismo sistema, ya que las relaciones que se establezcan respecto de aquél no son menos determinantes para la definición de alternativas. Pero antes cabe reiterar que lo específico del capitalismo no es la depredación de recursos ni la irresponsabilidad del consumo, no es el carácter cíclico de las crisis ni las jerarquías de poder, no es la exclusión del sujeto ni la asimilación y neutralización de los discursos críticos. Aquello que es específicamente capitalista, el régimen donde prima el capital, es aquello que justifica ese primado e incentiva la acumulación de capital, que es dinero dissociado o separado de la realidad concreta que es el acuerdo de valor en un intercambio.

Esa mala semilla que apoya la capitalización, la acumulación como un fin en sí mismo, como si eso nos diera seguridad o nos hiciera más felices, eso es el interés. El interés es la promesa de que el valor del intercambio no está en el acuerdo, ni en la confianza entre las personas, sino en otro lugar, que es la institución, en concreto la institución bancaria y gubernamental. Y ¿qué es la institución sino el lugar donde ya no puedo decir lo que quiero, sino que hay algo o

alguien que me representa? Por eso cada vez que alguien apuesta por la acumulación, disfrazada muchas veces de un ahorro sin finalidad ninguna, se está reforzando el descrédito en nuestra capacidad de ponernos de acuerdo unas con otras, se están debilitando las relaciones cercanas, y en sentido opuesto se está entregando más poder a las instituciones y se está poniendo nuestra autonomía, nuestra seguridad, nuestra vida e incluso nuestra libertad en manos ajenas.

Si hablamos de economías capaces de autoexcluirse de la lógica cumulativa que caracteriza el capitalismo, como es aquí el caso, no hay que despreciar las relaciones entre esas economías, que actualmente se presentan como alternativas, y el sistema económico dominante. Por un lado, el aprendizaje de la acumulación que nos han proporcionado a muchas desde la edad más temprana, comprando lo innecesario para paliar, muchas veces, la ausencia de otro tipo de bienes fundamentales como el tiempo para jugar y aprender, para amar y convivir, que los educadores, progenitores o no, no siempre pueden ofrecer a los niños. Esto se debe en gran medida a una pésima y traumática distribución del trabajo, no según nuestros gustos, curiosidades, intereses o deseos, ni tampoco según nuestras capacidades, aptitudes y necesidades, sino sometiéndonos a las leyes de demanda que nos llegan del empresariado y que responden a imperativos sin rostro, sin raíces en la necesidad, con la sola “orientación a resultados”, donde no es posible implicarse verdaderamente.

Desde nuestras situaciones laborales, mayoritariamente precarias, el rechazo al sistema dominante, lejos de quedarse en la negación indeterminada y estéril, abre camino a una nueva perspectiva, desde la que percibimos, en los gestos concretos de la economía espontánea, que las alternativas de hoy son los modelos flexibles de mañana, y que actuar hoy de forma consciente es poder responder mañana por nuestras elecciones. Esta nueva perspectiva, fruto de la autoexclusión consciente (que no puede darse desde la resignación sino solamente desde la insumisión y la subversión activa de los poderes a destituir) es fundamental para comprender las interacciones con el capitalismo, que de momento siguen siendo necesarias y exigentes.

La lógica cumulativa revierte en relaciones de dependencia y sometimiento por parte de quienes siguen encadenadas a la dictadura de las relaciones jerárquicas, con su estructura piramidal, paternalista (la lógica de recompensa y castigo, p.ej. comisiones o penalizaciones) y patriarcal (vertical, discriminatoria y autoritaria, aún en sus formas más sutiles). No nos engañemos: es fácil sucumbir a las mismas lógicas y reproducir esquemas antiguos desde lo que aparece como alternativo. Lo difícil es desaprender.

Este tipo de interacción – sumisa por parte de lo alternativo – encontraría su forma neutra en el comensalismo (un tipo de interacción en el que uno sale beneficiado sin que el otro sea perjudicado) y su forma de equilibrio activo en la depredación selectiva (uno se aprovecha del otro o de sus recursos). Tras el saque global perpetrado por el capital corporativo, y especialmente por el sector financiero, cuya actividad especulativa sigue siendo capaz de las mayores atrocidades, toda apropiación de sus recursos será legítima, desde recuperar material de oficina de

las grandes empresas para distribuirlo por las escuelas públicas, volver a tomar el dinero y las casas que los bancos nos han robado para vivir dignamente, o pillar todo tipo de productos de las cadenas de supermercados y grandes superficies para satisfacer nuestras necesidades más inmediatas.

Quienes leímos el manifiesto “La insurrección que viene” recordaremos la legitimidad que ahí se reclama para el fraude. ¿Quién tendrá autoridad para condenar el aprovechamiento de las brechas en fiscalía, de los vacíos legales y vulnerabilidades de los dispositivos de vigilancia, de los puntos ciegos del sistema, de las fugas de información, de la mano blanca de personas que trabajan a disgusto para el sistema y desean el fin de esta pesadilla? ¿Quién podrá venir a desautorizar la acción fraudulenta que no se esté beneficiando de ese fraude sistemático que es el gobierno mismo de la población que siguen dictando los bancos y su solícita mano derecha, los gobiernos?

El fraude contra las instituciones que crearon la crisis (banca y seguros) y contra sus cómplices (gobierno, hacienda...), en el contexto actual de bancarrota de la “seguridad social” y del “estado de bienestar”, no es menos legítimo que la sumisión a las leyes. Si consideramos la tibieza e ignorancia de quienes las escriben y defienden, es fácil ver que el único motivo por el que sería legítimo seguir cumpliendo los deberes que manda el gobierno es dar sostén a las instituciones sociales que garanticen de forma más inclusiva las funciones más elementales para el bienestar de la población, como son la educación infantil, la salud de regeneración (sobre todo la que requiere hospitalización o quirófano), la obtención de energía eólica e hidráulica, el tratamiento ecológico masivo de residuos, la investigación científica o la cultura que requiere financiación más extensa (como sean instrumentos musicales o escenografías de factura onerosa, ballet, ópera).

El fraude está particularmente justificado cuando consideramos la depredación de quienes tienen menos recursos: desahucio, embargo de bienes y cuentas, intimidación legal y fiscal y demás formas de violencia física y lingüística que abren camino a la exclusión social masiva y la incapacidad reactiva de los oprimidos.

Sin embargo, esto no es más que una toma de posición. Devolverle al capital un poco de su desparpajo, hacer que los grandes patrimonios sientan en la piel la impotencia de quedarse sin algo, puede ser una tarea moralizadora, pero no es suficiente ni relevante para el objetivo: cambiar la lógica acumulativa y el sistema global de interacciones basadas en la sospecha por una lógica de decrecimiento basada en la proximidad y la confianza, cuya expresión – estructuralmente imprescindible – toma el nombre de oxidación.

### **3. Transformar muerte en vida: del yugo del interés a la libertad de la oxidación**

Cuando se convierte una cantidad de moneda de usura (u oficial) en moneda social (o local), el valor al cambio es de 1:1 por convención de paridad. La moneda social, que en el caso de la Cooperativa Integral Catalana es el eco, no es acumulable en el caso de las personas que perciben una renta básica, retribución por su labor para la cooperativa, pero para las demás es importante no confundir la confianza en los intercambios con la confianza en el sistema económico que se está cocreando. La confianza en los intercambios es algo que solo pueden tener quienes participan en ellos, y no puede ser determinada por nadie más; pero la confianza en el sistema es responsabilidad de cualquier partícipe de la realidad solidaria que queremos producir, y es legítimo y necesario integrar un dispositivo natural en el sistema económico que lo regule de forma autónoma, sin intervención de ninguna estructura de poder que no sea la asamblea, y prescindiendo del interés, que es la semilla del capitalismo, y del impuesto, que encuentra amplia oposición social, aunque no me detendré aquí en ello.

Tengamos en consideración, por ejemplo, el cambio de euro (moneda con interés positivo tanto para saldo positivo o acreedor como para saldo negativo o deuda) a moneda social oxidable (con interés negativo solo en saldos positivos). En este tipo de cambio, puede hablarse de una pérdida relativa del valor de la moneda social respecto de la de usura, al ser negativo el interés de la moneda social, que solo oxida, no se reproduce. Pero además del beneficio económico y social que implica la inexistencia de interés sobre la deuda, haciendo imposible la especulación sobre dinero inexistente (o sin respaldo en un bien), aquella supuesta pérdida está compensada por el valor social que lo respalda. Ese valor social consiste, por ejemplo, en la colectivización de propiedad y uso, el cooperativismo de las relaciones laborales y otras, la posibilidad de compartir el producto de forma universal, aún entre quienes no pueden producir, dándose por sentado que quienes integran la comunidad son libres.

Voy a concretar todo el razonamiento anterior en dos propuestas, describiendo la realidad de un eco naturalmente oxidable.

Propuesta:

#### **a) reconocer la oxidación como propiedad natural del eco, entendido como soporte de un acuerdo de valor**

La oxidación en cuanto propiedad orgánica hace presente el carácter imaginario del valor de la moneda, y relaciona ese valor al carácter perecedero de los productos, antes que indexarlo a la especulación sobre valores de débito, que no tienen existencia real.

El eco está respaldado por producto existente o por mano de obra disponible. Lo que es natural en una moneda respaldada en algo real es su capacidad de perder

valor con el tiempo, como sucede con los productos, así como lo propio del dinero generado por especulación y dependiendo de fuerzas virtuales es su capacidad de ganar valor, pero un valor que no es real ni se distribuye de forma equitativa.

## **b) reconocer la estabilidad como valor ecológico, tanto en los acuerdos como en los valores**

La oxidación estable de la moneda es la garantía de estabilidad del consumo y por consiguiente también de la confianza de los productores. Esto favorece a su vez la responsabilidad de consumo y la estabilidad de la producción porque quienes consumen son más conscientes del valor de trabajo que habita cada producto y los productores son más conscientes de la importancia de no desatender su actividad y seguir proveyendo a un ritmo estable. La oxidación estable permite minorar los picos de actividad pero también los de consumo que podrían ocurrir antes de la fecha de caducidad u oxidación de la moneda. En efecto, la estabilidad es un valor afin a la sostenibilidad.

La oxidación diaria puede calcularse a partir del Chiemgauer, donde cada tres meses se da una oxidación del 2% del valor de la moneda. Como en cada cuatro años hay 3 comunes de 365 días y uno bisiesto de 366, calculamos para un año 365,25 días repartidos en cuatro trimestres de 91,3125 días. La oxidación diaria sería del 0,021902806% aplicable de forma natural sobre los saldos positivos. Si procedemos a arredondear a 0,02%, obtendremos una tasa anual de oxidación de 7,305%, 0,695% por debajo de los 8%.

En un sistema en que se da naturalmente la oxidación de la moneda, algo que paradójicamente, o no, lo puede proporcionar la tecnología de la que disponemos, lo importante no es pensar cada día en cuantificar la oxidación que sufre la moneda, sino disfrutar conscientemente de una vida libre de acumulación donde la riqueza está repartida de la forma más justa e inclusiva posible, y desarrollar hábitos de consumo responsable y una actitud coherente en lo que se refiere a la actividad productiva de cada persona y a su autonomía sobre cómo disponer de su tiempo. Por eso, vale la pena retener el 8 como valor de oxidación anual, también por el simbolismo de la curva lemniscata (normalmente representada como un ocho “acostado”), que no significa acumulación, sino lo infinito. También el 2, con su sentido de ambivalencia, poder dual y apertura puede ser un auspicio valioso, y permite incluso marcar un ritmo natural a cada nuevo equinoccio y a cada nuevo solsticio, fechas asociadas a los tiempos de la naturaleza, que muere y renace.

## **4. Hacia el eclipse total del capitalismo**

La estabilidad del valor de la moneda social y del sistema de producción al que da sentido con los intercambios, y por el cual está a su vez respaldada, no depende de la fijación absoluta del valor del patrimonio. Estamos cambiando el mundo material. Aceptar que el dinero envejece y muere es parte de ese cambio y permite situarnos, ya no en un camino de transición, sino rumbo a la utopía de la donación y la justa abundancia.